

Acto primero:

VIVIR SÓLO PARA DIOS

Vamos a hablar en este retiro de cómo vamos a participar de la vida de Dios. Porque Dios vive por sí, vive su propia vida, y de nada ni de nadie necesita para vivir. ¿Cómo podemos nosotros participar de su vida divina? Pues sí, debemos convivir la vida de Dios, debemos vivir sólo para Dios. Esta afirmación no es afirmación gratuita mía; fue san Pablo quien dijo: «Haced cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús»¹. Vivir para Dios en Cristo Jesús. Pero san Pablo nos dice anteriormente de Cristo que «Él muriendo murió al pecado una vez para siempre, más viviendo vive para Dios»². Cristo vive para Dios, vive para el Padre.

Espigando frases del santo Evangelio, sobre todo del evangelio de san Juan, nos encontramos con esto que podíamos llamar programa de la vida de nuestro Maestro divino: «Yo nunca cumplo mi voluntad, sino la de Aquel que me envió»³. «Yo hago siempre lo que es de su agrado»⁴. Cristo no tiene más que hacer que cumplir la voluntad del Padre; este cumplimiento es su alimento y su obsesión. Toda la vida de Cristo es una amorosa dedicación al Padre.

Ahora bien, no olvidemos que Cristo es nuestra Cabeza y que nosotros somos sus miembros, que participamos de su vida. La Cabeza nos incorpora para que, como Él, en Él, con Él y por Él, vivamos para el Padre, vivamos para Dios.

¿Cómo se lleva a efecto esta incorporación verdaderamente admirable y extraordinaria? Por medio del Bautismo, ese sacramento que Cristo nuestro Señor instituyó, precisamente para que pudiéramos vivir la vida del Padre. El sacramento del Bautismo borra en nosotros el pecado original, pero es algo más que borrar pecados. Es un agua purificadora que trae consigo unas realidades trascendentales. El Bautismo nos

¹ Rm 6,11.

² Rm 6,10.

³ Cf. Jn 5,30; 6,38; 14,31; 4,34.

⁴ Jn 8,29.

consagra con la misma vida de Dios, porque trae consigo hacer del alma una mansión en donde encuentren descanso y gozo las tres Personas de la Santísima Trinidad.

El Bautismo nos confiere una gracia sobrenatural, que definimos «participación de la divina naturaleza»⁵. Como es participar de la vida de Dios, quedamos hechos hijos de Dios. Esa filiación divina nos mete, por así decir, en la misma vida de Dios. Cristo, nos incorpora a su vida, para que con Él vivamos para el Padre.

Es interesante recordar que el Bautismo nos pide antes dos actos: un acto de renuncia y un acto de fe. Un acto de renuncia que consiste en apartarnos para siempre de todo aquello que nos puede alejar de Dios, que nos puede privar de la vida de Dios, que nos impide vivir para Dios. Este acto de renuncia que tiene que ser generoso, amplio, decidido, resuelto; y que nosotros debemos reiterar al renovar constantemente las promesas del Bautismo.

No olvidemos las frases del Apóstol: «hacedos cuenta de que estáis muertos al pecado». Renunciar al pecado, renunciar a las causas del pecado, renunciar a las ocasiones del pecado, renunciar a todo aquello que nos puede poner en peligro de pecar. Más todavía, renunciar aún a aquello que parece muy distante, pero que nos puede acercar al gran peligro de alejarnos de Dios nuestro Señor.

Pero además exige un acto de fe. Lo primero que dice el sacerdote que administra el Bautismo es preguntarnos qué es lo que queremos y pedimos. La contestación es: LA FE. La fe que nos va a salvar, la fe que se va a sintetizar en una rotunda afirmación: «¡Creo!». Esto es, me fío, me entrego, me consagro, vivo para Ti, Señor Dios mío y Padre mío. Y he aquí porqué con este sacramento comenzamos a vivir para Dios. ¡Qué misterio tan insondable, qué gracia tan extraordinaria! Tenemos que estar toda la vida en acción de gracias –sentimiento en que tanto abunda san Pablo–, precisamente por estos misterios que se dan en nuestra alma con tanto amor por parte de Dios.

Vivir para Dios, decíamos, ¿es posible? Participar de la vida divina ¿será posible? ¿Será posible llegar a esa intimidad? Casi está uno por decir que Dios está viviendo para el alma; porque al fin y al cabo es verdad que la vida del alma bautizada es vida consagrada a Dios, pero esa consagración ha traído consigo la permanencia, por la

⁵ Cf. 2P 1,4

gracia, de Dios dentro de nuestra alma. Dios vive para sí en mi alma y la hace partícipe de su vida.

Ahora bien, hay que dar un paso más, trascendentalísimo, en donde se da un avance gigantesco en la intimidad con Dios. Y es que el Bautismo no se nos da sin ton ni son. No olvidemos que en el plan del Señor todo se centra en el Sacrificio Eucarístico, que es centro y vértice de toda la vida cristiana, como lo recalca con tanto interés el Concilio Vaticano II. Entonces, el Bautismo nos da la posibilidad de participar en la celebración del Sacrificio eucarístico. La pregunta se impone: Si fuimos bautizados para participar en su celebración, ¿cómo vivimos esa celebración? Y esa celebración ¿será un medio mucho más completo quizá para vivir la vida de Dios, para vivir sólo para Dios?

En efecto. El Sacrificio eucarístico, como sabéis, consta de tres partes: el ofertorio, la consagración y la comunión.

En el ofertorio debemos depositar todo nuestro ser en un sentido de oblación, colocar en patena y en cáliz este mismo ser cristiano, esta vida cristiana que ya poseemos por el Bautismo. Esta presentación a Dios Padre, siempre hecha por Cristo, con Cristo y en Cristo, es agradable al Señor y nos predispone para aumentar más y más en nosotros esa vida divina, para vivir más intensamente sólo para Dios.

Verificada esta oblación en el ofertorio, el momento cumbre es la consagración. En ella reiteramos nuestra propia consagración. Es una ratificación, una confirmación de la que hicimos en el Bautismo. Es una vida del alma, porque al consagrarse de nuevo, es como perder la propia vida para vivir solamente la vida de Dios. Cuando está el alma así, tan preparada, es cuando llega la comunión.

Verificada la consagración, la comunión no solamente es comunicación, sino que es consumación. Y al hablar de comunión, debemos recordar aquellas palabras de Cristo: «Así como yo vivo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí»⁶. Identificados con Cristo, vivir para Él. Y viviendo para Él, viviremos con Él para el Padre.

Ciertamente el Sacrificio eucarístico es todo un programa de vivir sólo para Dios, en la oblación perenne, en la consagración total, en la comunión absoluta de nuestro ser. Al ser transformados en Cristo –ya que el pan celestial, al ser de naturaleza superior a

⁶ Jn 6,57.

nuestra pobre naturaleza, nos absorbe y nos transforma en Él-, podemos decir después de la comunión: «Vivo yo, pero no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí»⁷.

Hemos encontrado la solución a la pregunta inicial de qué hay que hacer para vivir sólo para Dios. Cristo nuestro Maestro divino nos la da, incorporándonos a Él Cabeza de este Cuerpo místico, en el cual somos sus miembros; nos la da instituyendo un Bautismo que es sacramento consagrador; nos la da en el Sacrificio eucarístico, en el que nos invita a ofrecernos, a consagrarnos y a participar, por la comunión, de su vida.

Que, con el don de sabiduría, que habita en nuestras almas, precisamente por el Bautismo, repitáis y saboreéis las palabras del Apóstol: «muertos al pecado, vivamos para Dios, en Cristo Jesús»⁸. Vivir para Dios en Cristo Jesús, esta debe ser nuestra vida.

⁷ Ga 2,20.

⁸ Rm 6,11.

Acto segundo

VER A DIOS EN TODO

El alma, no solamente entusiasmada, sino decidida a vivir para Dios de verdad y para siempre, se pregunta: ¿qué debo hacer yo, cómo debo vivir yo?

Supuesto que la gracia habita en nosotros, no hemos de descansar diciendo: pues ya vivimos la vida de Dios. No se trata de cumplir esa mínima condición

Hemos de alimentar nuestra alma con el cumplimiento de la voluntad del Señor. Eso es lo que nos ha de sostener, fortalecer, desarrollar nuestra vida sobrenatural, interior, espiritual. Un fallo en esto es alimentarnos de manjares estropeados. Y hemos de aspirar a esa sublime cumbre de perfección: «hacer siempre lo que agrada al Señor». Esto puede suponer, puede exigir muchísimo sacrificio, ciertamente que sí; pero esto es lo que lleva consigo la vida de cielo anticipada aquí en la tierra, de vivir para Dios.

Y todo lo que no es Dios, ¿qué pinta en esta vida del alma para Dios? Hay que también vivir para todo lo demás, para aquello que no somos nosotros mismos, para ese mundo creado, distinguiendo entre personas y entre –vamos a llamarle– cosas. Vivir para Dios supone vivir para los demás y vivir por lo demás, en un sentido y aplicación de ese amor al Señor. Vivir de amor y para amor, aplicado al prójimo es vivir en plena caridad.

No podemos olvidar que ese Dios ha creado al mundo, a la humanidad, en un sentido de familia en la que todos somos hermanos. No podemos olvidar que Cristo al asociarnos a ese plan suyo de “todo para el Padre”, ha hecho una Iglesia en la cual todos somos miembros y Él es la Cabeza, todos Compenetrados en una unidad. Entonces, vivir para Dios envuelve vivir para los demás. No rechazamos por tanto el mundo de las almas, todo lo contrario, lo está exigiendo el mismo Dios.

El vivir para los demás tampoco, diríamos, excluye el vivir para «lo demás». ¿Y qué es «lo demás»? Pues todo el mundo: es mi trabajo, mi profesión, mi salud, mi descanso, mi dolor, mi pena, mi alegría, todo cuanto me rodea, todo cuanto me acontece, todo cuanto me sucede, todo eso lo tengo que vivir porque es voluntad de Dios. Cristo vivía solamente para el Padre, pero vivía el que Cesar Augusto dijera que había que ir a

Belén, vivía el que Herodes quiso matarlo porque quería ser él el único rey de Israel; vivía todo un mundo de abandono en Egipto, donde eran extranjeros; vivía con los niños de Nazaret; vivía para San José, para la Virgen su Madre, vivía el plan de Dios.

¿Se puede compaginar esto? Sí, haciendo que todo ese vivir para los demás, primero: no me reste lo más mínimo del vivir para Dios; antes, al contrario, sea porque vivo para Dios. Segundo: como consecuencia, yo debo estar por encima de toda esclavitud que pueda más o menos impedirme volar, aunque sea hilo fino. Debo vivir de tal manera que no me detenga en ello, sino que todo me lleve hacia Dios, y que lo haga porque así Dios lo quiere, porque así Dios lo ha establecido, porque así Dios me ha creado. Entonces, yo en todas mis cosas pongo afán, en todas ellas, me doy a los demás, los sirvo con cariño fraternal.

Pues eso parece que está restando... No está restando, está ayudándome a elevarme hacia Dios nuestro Señor. Toda esta vida así comprendida me lleva hacia Dios, porque todo es criatura de Dios, todo es plan de Dios, todo es querer de Dios, y en todo veo voluntad de Dios manifiesta, más o menos claramente.

Como consecuencia, el vivir para Dios trae una triple postura del alma. Primera: ver a Dios en todo. Pero para eso hacen falta unos ojos iluminados por la fe. Ver todo a través de esa fe, arrancando de este principio innegable: todo cuanto ocurre, o es que Dios lo hace, o Dios lo permite. Pero siempre, porque me ama, siempre por mi bien.

Esto es innegable. Eso nos lo hace vivir la fe. La fe que me está diciendo que no se mueve una hoja del árbol, ni cae un cabello de nuestra cabeza sin que el Señor lo permita o lo quiera, en orden a mi bien. Las grandes hecatombes del mundo, los pequeños acontecimientos, las alegrías tan finas y delicadas de algo que nos hace sonreír, las propias cosas que nos presenta muchas veces la vida humana, todo es plan de Dios, ver en todo a Dios. A través de acontecimientos, de circunstancias, de ambiente, de personas, de cosas, de todo suceso, de todo cuanto va sucediendo en la vida... ver siempre al Señor. Mensajes divinos, cartas de Dios amorosas, invitación a que me acuerde de Él, a que acuda a Él. Todo un mundo que está siendo, en manos de Dios, como medios e instrumentos de los que Él se vale para que yo viva para Él. Ver a Dios en todo.

Es verdad que a veces habrá que ver a Dios en Cosas tan duras, tan fuertes, al parecer tan sin razón de ser, incluso injusticias y atropellos que costará muchísimo, hará falta una fe muy viva, hará falta una fuerza muy grande, para decir: esto es de Dios, a través de los hombres y es porque me ama y es por mi amor y por mi bien. Pero si llegamos a eso, ¡qué fácil es confiarse a Dios! Señor, pues me fío de ti, me fío de ti.

Entonces, la postura segunda del alma es vivir confiado a Dios, descansar en el Señor. El «fíat» ha de ser la expresión más serena, más gozosa, más tranquila, más descansada, en brazos del Señor. ¡Pues hágase, hágase! “Yo sé a quién me he confiado”⁹, de san Pablo. Ese ser como niños que dice el Evangelio: «Si no os hacéis como niños...»¹⁰ No es más que vivir sencillamente como el niño vive en los brazos de su madre¹¹.

Contemplar cómo no falta en el campo la flor, que el hombre no hace, y sin embargo ni la sabiduría de Salomón puedo hacer un pétalo igual que el de la rosa que se pisa por el campo. ¡Hombres de poca fe! Y al pajarito, ningún día, le falta con qué alimentarse¹². No es fácil encontrar pajaritos muertos de hambre. ¡Qué bueno es el Señor! Es la infancia espiritual, confiar de tal manera en el Padre, para quien siempre vivimos. Estamos descansados en su seno paternal, tanto más tranquilos cuanto más arrecia la tormenta y la tempestad a nuestro alrededor. Confiad en el Señor. Siempre en los brazos del Padre, porque nos ama.

Como consecuencia, si vemos a Dios en todo, y esto nos obliga a confiar siempre en Dios: amar a Dios en todo, siempre. Dice la Sagrada Escritura «que el temor de Dios es el principio de la sabiduría»¹³, de la perfección, de la santidad, de la vida perfecta. Pero quien consume la perfección, quien lleva a la santidad es siempre el amor. Debe comenzar por el santo temor de Dios que nunca debemos abandonar, que nos recordará aquello de «muertos al pecado». O aquel pensamiento de san Ignacio de Loyola: si por desgracia el amor de Dios me faltara, al menos el temor me haga no venir a caer en pecado. Pero arrancando de ahí el vuelo del águila raudal hacia la altura, ha de ser el amor.

⁹Cf. 2Tm 1,12.

¹⁰ Mt 18,2 p.

¹¹ Cf. Sal 131,2.

¹² Cf. Mt 6,26-30.

¹³ Pr 1,7.

El amor tiene que ser en mi vida el todo. Lanzarnos al “sólo Dios”, hasta el olvido de nosotros mismos. Arrancando de ese gesto generoso: «antes morir que pecar», «muertos al pecado», lo demás ha de ser vivido en tanto en cuanto es voluntad del Señor. Sin esclavizarme a nada. Como, además, vivo en este mundo de cosas, de aconteceres, etc., todo esto también me ayuda para ser de Dios. Entonces la postura del alma es ver a Dios en todo, y aquí debemos aplicar ciertamente el vivir para los demás, y lo demás.

Confiarme a Dios en todo, entregarme a Dios en todo, fiarme de Dios siempre. Y amar a Dios, de tal manera que Él sea mi todo. Aquella exclamación de san Francisco de Asís: «Dios mío y todas mis cosas». Desde el olvidarse de sí mismo, para amar a Dios en todo, hasta poder decir que su vida es sólo Dios, siempre y en todo.

Convendrá después de hacer una meditación sobre estas verdades, hacer una revisión cogiendo aquellas palabras famosas de santa Tresa: «Quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta». O aquella frase, como una expresión o jaculatoria de san Francisco de Asís: «Dios es, Dios existe, Dios es, ya basta».

Podemos decir, convertido en una canción popular religiosa el pensamiento de san Pablo: «que muertos al pecado vivamos para Dios»: «No he nacido para el suelo, que es morada de dolor, yo he nacido para el cielo, yo he nacido para Dios». Si he nacido para Dios, vivamos siempre y en todo y sólo para Dios.